

plida aquella profecía, porque queriendo Lepido subrogarse en su autoridad, al punto, sin andar en rodeos ni buscar pretextos, echó mano á las armas, poniendo en movimiento y acción los restos corrompidos de las turbaciones pasadas; que habian escapado de las manos de Sila. Su colega Catulo, á quien estaba unido lo mas justo y lo mas sano del Senado y del pueblo, en opinion de prudencia y de justicia era entonces el mayor de los Romanos; pero parecia mas propio para el mando político que para el mando militar. Reclamando pues los negocios mismos la mano de Pompeyo, no dudó por largo tiempo adonde se aplicaria; sino que se declaró por los hombres de probidad, y se le nombró General contra Lepido; el cual ya habia puesto á sus órdenes gran parte de la Italia, y estaba apoderado de la Gália Cisalpina por medio del ejército de Bruto. En todos los demas puntos venció fácilmente Pompeyo luego que marchó con sus tropas; pero en Modena de la Gália se detuvo al frente de Bruto largo tiempo; durante el cual, cayendo Lepido sobre Roma, y acampándose á sus puertas, pedia el segundo consulado, infundiendo terror con un gran tropel de gente á los ciudadanos que estaban dentro; mas disipó este miedo una carta de Pompeyo, de la que aparecia que sin batalla habia acabado la guerra: porque Bruto, ó entregando él mismo su ejército, ó habiéndole hecho este traicion, mudando de partido, puso su persona á disposicion de Pompeyo, y con escolta que se le dió de caballería se retiró á una aldea, orillas del Pó; donde sin mediar mas que un dia, se le quitó la vida, habiendo Pompeyo enviado alla á Geminio; acerca de lo cual se hacian grandes cargos á Pompeyo: pues habiendo escrito al Senado, inmediatamente despues de la mudanza de Bruto, en términos de significar que este voluntariamente se le habia pasado, envió despues otra carta, en la que, verificada ya la muer-

te de Bruto, le acusaba. Hijo era de este el otro Bruto, que con Casio dió muerte á Cesar; varon del todo desemejante al padre en cuanto á saber hacer la guerra y saber morir, como lo decimos en su vida. Lepido de resultas huyó sin detencion de la Italia, retirándose á Cerdeña, donde enfermó y murió de pesadumbre, no por el estado de los negocios segun dicen, sino por haber dado con un billete, por el que se enteró de cierta infidelidad de su muger.

Ocupaba la España Sertorio, caudillo en nada parecido á Lepido, é infundia temor á los Romanos, por haberse refundido en él, como en última calamidad, las guerras civiles. Habia hecho desaparecer á muchos Generales de los de menor cuenta; y entonces traia fatigado á Metelo Pio, varon respetable y buen militar; pero tardo ya por la vejez para aprovechar las ocasiones de la guerra, é inferior al estado de los negocios; en los que se le anticipaba siempre la velocidad y presteza de Sertorio, que le acometia inopinadamente y al modo de los salteadores, molestando con celadas y correrías á un atleta hecho á combates reglados y á un General de tropas de línea, acostumbradas á lidiar á pie firme. Teniendo pues Pompeyo en aquella sazón un ejército á sus órdenes, andaba negociando que se le diera la comision de ir en auxilio de Metelo; y sin embargo de habersele mandado Catulo, no lo disolvió, sino que se mantuvo en armas alrededor de Roma, buscando siempre algun pretexto; hasta que por fin se le dió el apetecido mando á propuesta de Lucio Filippo. Dícese que preguntando uno entonces en el Senado con admiracion á Filippo ¿si realmente era de sentir de que se enviase á Pompeyo por el Cónsul? respondió: yo por el Cónsul no, sino por los Cónsules; dando á entender que ambos Cónsules eran inútiles para el caso.

No bien hubo tocado Pompeyo en España, excitó en los naturales, como sucede siempre á la fama de un nuevo General, otras esperanzas, y conmovió y apartó de Sertorio entre aquellas gentes todo lo que no le estaba firmemente unido. Sertorio en tanto usaba contra él de un language arrogante, diciendo con escarnio que para aquel mozuelo no necesitaba mas que de la palmeta y los azotes, sino fuera porque tenia miedo á aquella vieja, aludiendo á Metelo; mas sin embargo temia realmente á Pompeyo, y precauiéndose con sumo cuidado, hacia ya la guerra con mas tiento y seguridad: porque de otra parte Metelo, cosa que nadie habria pensado, se habia relajado en su conducta, entregándose con exceso á los placeres; con lo que repentinamente habia habido tambien en él una grande mudanza con respecto al fausto y al lujo: de manera que esto mismo dió mayor estimacion y gloria á Pompeyo, por quanto todavía hizo mas sencillo su método de vida, que nunca habia necesitado de grandes prevenciones, siendo por naturaleza sobrio y muy arreglado en sus deseos. En esta guerra, que tomaba mil diferentes formas, ninguna cosa mortificó mas á Pompeyo que la toma de Lauron por Sertorio; porque cuando creia que lo tenia envuelto, y aun se jactaba de ello, se encontró repentinamente con que él era quien estaba cercado; y como por tanto temia el moverse, tuvo que dejar arder la ciudad á su presencia y ante sus mismos ojos. Mas habiendo vencido junto á Valencia á Herenio y Perpena, Generales que habian acudido á unirse con Sertorio y militaban con él, les mató mas de diez mil hombres.

Engreído con este suceso, y deseoso de que Metelo no entrase á la parte en la victoria, se dió prisa á ir en busca del mismo Sertorio. Alcanzóle junto al rio Júcar al caer ya la tarde, y allí trabaron la batalla, temerosos de que sobreviniese Metelo: pa-

ra pelear solo el uno, y el otro para pelear con uno solo. Fue indeciso y dudoso el término de aquel encuentro, porque venció alternativamente una de las alas de uno y otro; pero en quanto á los Generales llevó lo mejor Sertorio, porque puso en huida el ala que le estuvo opuesta. A Pompeyo le acometió desmontado un hombre alto de los de caballería; y habiendo venido ambos al suelo á un tiempo, al volver á la lid pararon en las manos de uno y otro los golpes de las espadas, aunque con suerte desigual, porque Pompeyo apenas fue lastimado; pero al otro le cortó la mano. Cargaron entonces muchos sobre él, estando ya en fuga sus tropas, y se salvó maravillosamente, por haber abandonado á los enemigos su caballo adornado magníficamente con jaeces de oro de mucho valor; porque enredados los enemigos en la particion y altercando sobre ella, le dieron lugar para huir. A la mañana siguiente volvieron ambos á la batalla con ánimo de hacer que se declarase la victoria; pero como sobreviniese Metelo, se retiró Sertorio dispersando su ejército; porque este era su modo de retirarse, y luego volvía á reunirse la gente: de manera que muchas veces andaba errante Sertorio solo, y muchas veces volvía á presentarse con ciento cincuenta mil hombres, á manera de torrente que repentinamente crece. Pompeyo, cuando despues de la batalla salió al encuentro á Metelo y estuvieron ya cerca, dió orden de que se le rindieran á este las fasces, acatándole como preferente en honor; pero Metelo lo resistió, porque en todo se conducia perfectamente con él, no arrogándose superioridad alguna por consular y por mas anciano. Solamente cuando acampaban juntos la señal se daba á todos por Metelo; pero por lo comun acampaban separados, contribuyendo á que tuvieran que estar distantes la calidad del enemigo, que usaba de diferentes artes; y siendo diestro en aparecerse repentinamen-

te por muchos lados, obligaba á mudar tambien los géneros de combate; tanto que por último, interceptándoles los víveres, saqueando y talando el pais, y haciéndose dueño del mar, los arrojó de la parte de España que le estaba sujeta, precisándolos á refugiarse en otras provincias, por carecer absolutamente de provisiones.

Habia Pompeyo empleado y consumido la mayor parte de su caudal en aquella guerra; pedia por tanto fondos al Senado, diciendo que se retiraba á Italia con el ejército si no se le enviaban. Hallábase entonces de Cónsul Luculo; y aunque estaba mal con Pompeyo, ambicionando para sí la guerra Mitridática, puso calor en que se mandaran los fondos que reclamaba por temor de que se diera este pretexto á Pompeyo, que deseaba retirarse de la guerra de Sertorio, y tenia vuelto el ánimo á la de Mitridates, en que le parecia haber mayor gloria, y ser este enemigo mas domeñable. Muere en tanto Sertorio asesinado vilmente por sus amigos, de los cuales Perpena, que habia sido el principal autor de esta traicion, quiso seguir sus mismos planes, valiéndose de las mismas fuerzas y los mismos medios; pero sin igual capacidad para usar de ellos. Acudió pues al punto Pompeyo, y sabedor de que Perpena no obraba con la mayor seguridad, le presentó por cebo en la llanura diez cohortes con orden de que se dispersaran; y como aquel diese sobre ellas y las persiguiese, apareciéndose él con todas sus tropas, y trabando batalla, concluyó con todo, quedando muertos en el campo de batalla los mas de los caudillos. A Perpena lo llevaron á su presencia, y le mandó quitar la vida; no con ingratitud y olvido de lo ocurrido en Sicilia, como le acusan algunos, sino conduciéndose con la mayor prudencia, y tomando un partido que fue la salud de la república: porque habiéndose apoderado Perpena de la corres-

pondencia de Sertorio, mostraba cartas de los principales personages de Roma, que queriendo trastornar el sistema vigente y mudar el gobierno, llamaban á Sertorio á la Italia. Temeroso pues Pompeyo con este motivo de que se suscitaran otras guerras mayores que las apaciguadas, quitó del medio á Perpena, y quemó las cartas sin haberlas leído.

Deteniéndose despues de esto todo el tiempo necesario para apaciguar las mayores alteraciones, y sossegar y componer las discordias y desavenencias que aun ardian, restituyó el ejército á Italia, llegando por fortuna cuando estaba en su mayor fuerza la guerra servil. Por lo mismo Craso precipitó no sin riesgo la batalla, y le favoreció la suerte, habiendo muerto en la accion doce mil y trescientos hombres de los enemigos. Mas con esto mismo la fortuna halló medio de introducir á Pompeyo en la victoria, porque cinco mil, que huyeron de la batalla, dieron con él, y habiendo acabado con todos, escribió al Senado por expreso que anticipó, que Craso habia vencido en batalla campal á los Gladiatores; pero que él habia arrancado la guerra de raiz: cosa que por el amor que le tenian, escuchaban y repetian con gusto los Romanos; al mismo tiempo que ni por juego podia haber quien dijese que la gloria de la España y Sertorio eran de otro que de Pompeyo. En medio de todos estos honores y de la expectacion en que en quanto á él se estaba, habia la sospecha y recelo de que no despediria al ejército, sino que por medio de las armas, y el mando de uno solo, marcharia en derechura al gobierno de Sila; asi no eran menos los que por amor corrian á él y le salian al encuentro en el camino, que los que por miedo hacian otro tanto. Disipó luego Pompeyo este temor con decir que dejaria el mando del ejército despues del triunfo; pero á los malcontentos aun les quedó un solo asidero para sus quejas, y fue decir

que se inclinaba mas á la plebe que al Senado, y que habiendo Sila destruido la dignidad de aquella, él trataba de restablecerla para congraciarse con la muchedumbre; lo que era verdad. Porque no habia cosa que mas violentamente amase el pueblo Romano ni que mas desease que volver otra vez á ver restablecida aquella Magistratura: asi Pompeyo tuvo á gran dicha el que se le presentase la oportunidad de esta disposicion, como que no habria encontrado otro favor con que recompensar el amor de los ciudadanos, si otro se le hubiera adelantado en este.

Decretados que le fueron el segundo triunfo y el consulado, no era por esto por lo que parecia extraordinario y digno de admiracion; sino que se tomaba por prueba de su superior poderío el que Craso, varon el mas rico de cuantos entonces estaban en el gobierno, el mas elegante en el decir, de mayor opinion, y que miraba con desden á Pompeyo y á todos los demas, no se atrevió á pedir el consulado sin valerse de la intercesion de Pompeyo: cosa en que este tuvo el mayor placer, porque hacia tiempo deseaba hacerle algun servicio ú obsequio: asi es que se encargó de ello con ardor, y habló al pueblo, manifestándole que no seria menor su gratitud por el colega, que por la misma dignidad. Sin embargo nombrados cónsules, en todo estuvieron discordes, y se contradijeron el uno al otro. Y en el Senado tenia mayor influjo Craso, pero con la plebe era mayor el poder de Pompeyo, porque le restituyó el tribunado, y no hizo alto en que por ley se volviesen otra vez los juicios á los del orden ecuestre; pero el espectáculo mas grato que dió á los Romanos, fue el de sí mismo cuando pidió la licencia del servicio militar. Porque entre los Romanos es costumbre, en quanto á los del orden ecuestre que han servido el tiempo establecido por ley, que lleven

á la plaza su caballo á presentarlo á los dos ciudadanos que llaman Censores, y que haciendo la enumeracion de los Pretores ó Emperadores á cuyas órdenes han militado, y dando las cuentas de sus mandos, se les dé el retiro; y alli se distribuye el honor ó la infamia que corresponde á la conducta de cada uno. Ocupaban entonces el tribunal en toda ceremonia los Censores Gelio y Lentulo para pasar revista á los caballeros. Vióse desde lejos á Pompeyo que venia á la plaza con el séquito é insignias que correspondian á su dignidad, pero trayendo él mismo del diestro su caballo. Luego que estuvo cerca y á la vista de los Censores, dió orden á los Lictores de que hicieran paso, y condujo el caballo ante el tribunal. Estaba todo el pueblo admirado y en silencio, y los mismos Censores sintieron con su vista un gran placer mezclado de vergüenza. Despues el mas anciano le dijo: te pregunto, ó Pompeyo Magno; si has hecho todas las campañas según la ley? Y Pompeyo en alta voz: todas, le respondió, y todas las he hecho á las órdenes de mi mismo como Emperador. Al oir esto el pueblo levantó gran gritería; y ya no fue posible contener por el gozo aquella algazara; sino que levantándose los Censores, le acompañaron á su casa, complaciendo en esto á los ciudadanos, que seguian y aplaudian.

Quando ya estaba cerca de espirar el Consulado de Pompeyo, y en el mayor aumento su desavenencia con Craso, un tal Cayo Aurelio, que pertenecia al orden ecuestre, pero habia llevado una vida ociosa y oscura, en un dia de junta pública subió á la tribuna; y arengando al pueblo dijo habersele aparecido Júpiter entre sueños, y encargádole hiciese presente á los Cónsules no dejaran el mando sin haberse antes hecho entre sí amigos. Pronunciadas estas palabras, Pompeyo se estuvo quieto en su lugar sin moverse; pero Craso empezó á alargarle la diestra

y á saludarle, diciendo al pueblo: no me parece, ó ciudadanos, que hago nada que no me esté bien, ó que me humille en ser el primero en ceder á Pompeyo, á quien vosotros creísteis deber llamar Magno, antes que le hubiese salido la barba, y á quien antes de pertenecer al Senado decretásteis dos triunfos; y habiéndose en seguida reconciliado, hicieron la entrega de su autoridad. Craso guardó siempre la conducta y método de vida que había tenido desde el principio; pero Pompeyo se fue desentendiendo poco á poco de patrocinar las causas, se retiró de la plaza, rara vez se mostraba en público, y siempre con grande acompañamiento, pues ya no era fácil el verle ó hablarle sino entre un gran número de ciudadanos que le hacían la corte, pareciendo que tenía complacencia en mostrarse rodeado de mucha gente; dando con esto importancia y gravedad á su presencia, y creyendo que debía conservar su dignidad pura é intacta del trato y familiaridad con la muchedumbre. Porque la vida togada es resvaladiza al menosprecio para los que se han hecho grandes con las armas, y no aciertan á medirse con la igualdad popular; pues que creen debérseles de justicia el que aquí como allá sean los primeros; y á los que allá fueron inferiores no les es aquí tolerable el no preferirles; y por lo mismo cuando cogen en la plaza pública al que ha brillado en los campamentos y en los triunfos, lo deprimen y abaten; pero si este cede y se retira, le conservan libre de envidia el honor y poder que allá tuvo; lo que despues confirmaron los mismos negocios.

El poder de los piratas, que comenzó primero en la Cilicia, teniendo un principio extraño y oscuro, adquirió brios y osadía en la guerra Mitridática, empleado por el Rey en lo que lo hubo menester. Despues cuando los Romanos con sus guerras civiles se vinieron todos á las puertas de Roma,

dejando el mar sin guarda ni custodia alguna, poco á poco se extendieron é hicieron progresos: de manera que ya no solo eran molestos á los navegantes, sino que se atrevieron á las islas y ciudades litorales. Entonces ya hombres poderosos por su caudal, ilustres en su origen, y señalados por su prudencia, se entregaron á la piratería, y quisieron sacar ganancia de ella, pareciéndoles ejercicio que llevaba consigo cierta gloria y vanidad. Formáronse en muchas partes apostaderos de piratas, y torres y vigías, defendidas con murallas, y las armadas corrían los mares, no solo bien equipadas con tripulaciones alentadas y valientes, con pilotos hábiles, y con naves ligeras y prontas para aquel servicio; sino tales, que mas que lo terrible de ellas incomodaba lo soberbio y altanero que se demostraba en los astiles dorados de popa, en las cortinas de púrpura, y en las palas plateadas de los remos, como que hacían gala, y se gloriaban de sus latrocinios. Sus músicas, sus cantos, sus festines en todas las costas, los robos de personas principales, y los rescates de las ciudades entradas por fuerza, eran el oprobio del imperio Romano. Las naves piráticas eran mas de mil, y cuatrocientas las ciudades que habían tomado. Habíanse atrevido á saquear de los templos mirados antes como asilos inviolables, el Clario, el Didimeo, el de Samotracia, el templo de Ceres en Hermione, el de Esculapio en Epidauro, los de Neptuno en el Istmo, en Tenauro y en Calauria; los de Apolo en Accio y en Leucade; y de Juno el de Samos, el de Argos y el de Lacimo. Hacían tambien sacrificios traídos de fuera, como los de Olimpia, y celebraban ciertos misterios indivulgables, de los cuales todavía se conservan hoy el de Mitra, enseñado primero por aquellos. Insultaban de continuo á los Romanos, y bajando á tierra robaban en los caminos, y saqueaban las inmediatas casas de campo. En una ocasion

robaron á dos Pretóres, á Sextilio y Belino, con sus togas pretestas, llevándose con ellos á los ministros y lictores. Cautivaron también á una hija de Antonio, varón que había alcanzado los honores del triunfo, en ocasión de ir al campo, y tuvo que rescatarse á costa de mucho dinero. Pero lo de mayor afrenta era que cautivado alguno, si decia que era Romano, y les daba el nombre, hacian como que se sobrecogian, y temblando se daban palmadas en los muslos, y se postraban ante él, diciéndole que perdonase. Creíalos, viéndolos consternados y reducidos á hacerle súplicas; pero luego unos le ponian los zapatos, otros le envolvian en la toga, para que no dejase de ser conocido, y habiéndole así escarnecido y mofado por largo tiempo, echaban la escala al agua, y le decian que bajara, y se fuera contento; y al que se resistia le cogian y le sumergian en el mar.

Ocupaban con sus fuerzas todo el mar inferior; de manera que estaban cortados é interrumpidos enteramente la navegacion y el comercio. Esto fue lo que obligó á los Romanos, que se veian turbados en sus acopios, y temian una gran carestía, á enviar á Pompeyo á limpiar el mar de piratas. Propuso al efecto Gabinio, uno de los mas íntimos amigos de Pompeyo, una ley, por la que se le conferia á este, no el mando de la armada, sino una monarquía, y un poder sin límites sobre todos los hombres, porque le autorizaba la ley para mandar en todo el mar dentro de las columnas de Hércules, y en todo el continente á cuatrocientos estadios del mar; la cual medida dejaba de comprender muy pocos países de la tierra sujeta á los Romanos, y abarcaba por otra parte los de grandes naciones y poderosos reinos. Concedíasele además de esto escoger entre los Senadores quince en calidad de legados suyos, para mandar en las provincias; tomar del erario y de los cam-

bistas quanto dinero quisiese; y disponer de doscientas naves, siendo árbitro para formar las listas de la tropa del ejército, de las tripulaciones, de las naves y de la gente de remo. Leido que fue este proyecto, el pueblo lo admitió con el mayor placer; pero á los mas principales y poderosos del Senado, si bien les pareció fuera de envidia un poder tan indefinido é indeterminado, tuviéronle por muy propio para inspirar rezelos; por lo que se opusieron á la ley, á excepcion de Cesar que la sostuvo, no por contemplacion á Pompeyo, sino para empezar á ganarse y atraerse el pueblo. Los demas hicieron fuerte resistencia á Pompeyo; y como el uno de los Cónsules le dijese que si se proponia imitar á Rómulo no evitaria tener el propio fin que aquel, corrió gran peligro de que la muchedumbre le hiciese pedazos. Presentóse Cátulo en la tribuna, y como el pueblo le miraba con respeto, guardó moderacion y compostura; pero cuando despues de haber hablado largamente en elogio de Pompeyo, les aconsejó que miraran por él, y no expustieran á continuas guerras y peligros un hombre tan importante; porque á quién acudiréis, les dijo, si este llega á faltaros? á ti, exclamaron todos á una voz. Cátulo pues, viendo que nada había adelantado, calló; y presentándose despues Roscio nadie quiso oírle; haciales sin embargo señas con los dedos para que no nombrasen uno solo, sino otro con Pompeyo; pero se dice que irritado con esto el pueblo, fue tal la gritería que se levantó, que un cuervo que volaba por encima de la plaza se sofocó, y cayó sobre aquella muchedumbre; de donde puede inferirse que no es por romperse y cortarse el aire con el gran ruido, por lo que no pueden sostenerse las aves que caen, sino por ser heridas como con un golpe con la voz, cuando enviada esta con ímpetu y violencia causa en el aire fuerte movimiento y agitacion.

Disolvióse por entonces la junta; y el día en que habia de hacerse la votacion se salió Pompeyo al campo; pero habiendo oido que se habia sancionado la ley entró en la ciudad por la noche para evitar la envidia que habia de producir el gran concurso de los que acudirian á esperarle y recibirle; y saliendo de casa á la mañana temprano, primero hizo un sacrificio; y reuniendo despues al pueblo en junta pública trató de recoger mucho mas que lo que antes se le habia decretado, pues faltó muy poco para que doblara todo el aparato; habiendo alistado quinientas naves, y juntado hasta ciento veinte mil hombres de infantería y cinco mil caballos. El Senado eligió veinte y cuatro de los que habian sido Pretores y habian mandado ejércitos, para que sirvieran á sus órdenes, á los que se agregaron dos Cuestores. Como repentinamente hubiese bajado el precio de los objetos de comercio, dió esto ocasion al pueblo para manifestar gran contento, y decir que el nombre de Pompeyo habia acabado la guerra. Dividió este los mares, y todo el espacio del Mediterráneo en trece partes, y asignó á cada una igual número de naves con un caudillo; y sorprendiendo á un tiempo con estas fuerzas asi repartidas gran número de naves de los piratas, les dió caza, y se apoderó de ellas trayéndolas á los puertos. Los que se anticiparon á huir y evadirse, se acogieron como á su colmenar á la Cilicia, contra los cuales marchó él mismo con sesenta naves de las mejores; pero no dió la vela contra aquellos sin haber antes limpiado enteramente de piraterías y latrocinios el mar Tirreno, el Líbico, el de Cerdeña, el de Córcega y Sicilia; no habiendo reposado el mismo en cuarenta dias, y habiéndole servido los demas caudillos con diligencia y esmero.

Como en Roma el Cónsul Pison por encono y envidia que le tenia le escasease los auxilios, y licen-

ciase las tripulaciones, hizo pasar á Brindis la escuadra, y él subió á Roma por la Toscana. Luego que se supo todos acudieron al camino, como sino hiciera pocos dias que se habian despedido de él. Habia producido este regocijo la celeridad de la no esperada mudanza: pues al punto fue suma en el mercado la abundancia de víveres; asi corrió riesgo Pison de que se le despojara del Consulado, teniendo ya Gabinio escrito el proyecto de ley; sino que lo contuvo Pompeyo; el cual, habiéndolo dispuesto todo con la mayor humanidad, provisto de lo que hubo menester, se encaminó á Brindis. Habiendo tenido el tiempo favorable, siguió su navegacion, pasando á la vista de muchas ciudades; mas respecto á Atenas no pasó de largo, Saltó pues en tierra; y habiendo sacrificado á los Dioses y saludado al pueblo, al salir leyó ya estos versos heróicos hechos en su honor, á la parte adentro de la puerta:

Quanto en parecer hombre mas te esfuerzas,
Mas á los sacros Dioses te pareces.
Y á la parte de afuera:

Fuiste esperado, y en honor tenido:
Te hemos visto; feliz tu viage sea.
De los piratas que todavía quedaban y erraban por el mar trató con benignidad á algunos; y contentándose con apoderarse de sus embarcaciones y sus personas, ningun daño les hizo; con lo que concibieron los demas buenas esperanzas, y huyendo de los otros caudillos se dirigieron á Pompeyo, y se le entregaron á discrecion con sus hijos y sus mugeres. Perdonólos á todos; y por su medio pudo descubrir y prender á otros, que habian procurado esconderse por reconocerse culpables de las mayores atrocidades.

El mayor número y los de mayor poder entre ellos habian depositado sus familias, sus caudales, y toda la gente que no estaba en estado de servir, en

castillos y pueblos fortalecidos hacia el monte Táuro; y ellos, tripulando convenientemente sus naves, cerca de Coraquesio de Cilicia se opusieron á Pompeyo, que navegaba en su busca; y como dada la batalla fuesen vencidos, se redujeron á sufrir un sitio. Mas al fin recurrieron á las súplicas, y tambien se entregaron con las ciudades é islas que poseían, y en que se habían hecho fuertes, las cuales eran difíciles de tomar, y poco accesibles. Terminóse pues la guerra, y fueron enteramente destruidas las pira-terias en toda la extensión del mar en el corto tiempo de tres meses; habiéndose tomado ademas otras muchas ciudades y naves, y entre estas noventa con espolones de bronce. De ellos mismos cautivó Pompeyo más de veinte mil; y si por una parte no quería quitarles la vida, por otra no creía que podía ser conveniente dejarlos, y mirar con indiferencia que volvieran á esparcirse unos hombres reducidos á la necesidad y azeados á la guerra. Reflexionando pues que el hombre por su naturaleza é índole no nació ni es un animal cruel é insociable, sino que la maldad es la que pervierte su carácter, y con los hábitos y la mudanza de vida y de lugares vuelve á suavizarse; y que las mismas fieras con participar de mas blandos alimentos deponen su aspereza y ferocidad, resolvió trasladar aquellos hombres del mar á la tierra, y hacerlos gustar de una vida mas dulce con acostumarlos á habitar en poblaciones, y labrar los campos. A algunos pues los admitieron las ciudades pequeñas y desiertas de la Cilicia, incorporándolos en sí, y adquiriendo con este motivo términos mas dilatados; y tomando á la ciudad de Solos, poco antes destruida por Tigranes, Rey de Armenia, estableció á muchos en ella; pero á los mas les dió por domicilio á la ciudad de Dime en la Aca-ya, que se hallaba entonces despoblada de habitantes, y poseía un fértil y extenso terreno.

Vituperaban estas disposiciones los que no estaban bien con él; pero lo que hizo en Creta con Metelo ni á sus mayores amigos satisfizo; porque este Metelo, pariente de aquel con quien Pompeyo hizo la guerra de España, había sido enviado de General á Creta antes del nombramiento de Pompeyo; pues esta isla después de la Cilicia era otro manantial de piratas, y Metelo había logrado apresar y dar muerte á muchos de ellos. Quedaban otros, y cuando los tenia sitiados, acudieron con ruegos á Pompeyo, llamándole á la isla, por ser parte del espacio de mar sobre que mandaba, como que caía de todos modos dentro de él. Admitió Pompeyo el llamamiento, y escribió á Metelo prohibiéndole continuar la guerra. Escribió asimismo á las ciudades para que no obedeciesen á Metelo, y envió de General á Lucio Octavio, uno de los caudillos que servían á sus órdenes, el cual, entrando á unirse con los sitiados dentro de los muros y peleando con ellos, no solo odioso y molesto, sino hasta ridículo hacia á Pompeyo, que por envidia y emulacion con Metelo prestaba su nombre á gentes impías y sin religion, é interponia en favor de ellas su autoridad como un preservativo. Pues ni Aquiles se portó como hombre, sino como un mozuelo atolondrado y arrebatado del deseo de la gloria, cuando por señas previno á los demas, y les prohibió tiraran á Hector, porque no le robara otro la gloria.

De herirlo; y él viniera á ser segundo.

Y aun Pompeyo lo hizo peor; porque se esforzó á conservar á los enemigos de la república, por privar del triunfo á un General que llevaba toleradas muchas fatigas y trabajos. Mas no se acobardó Metelo, sino que venciendo á los piratas, tomó de ellos justa venganza; y á Octavio lo despachó, después de haberle reprendido y afeado su hecho en el campamento.